

LA FILOSOFÍA ELEGANTE

RODRÍGUEZ GENOVÉS, Fernando: *La escritura elegante. Narrar y pensar a cuento de la filosofía*. Valencia: Institució Alfons El Magnànim, 2004. 274 p.

MARIANO C. MELERO DE LA TORRE

En la tradición de la filosofía occidental, la expresión del pensamiento reflexivo no ha venido acompañada frecuentemente por el cuidado del estilo y la elegancia en el decir. Es más, la filosofía se suele asociar con el tratado denso y aburrido, escrito con un lenguaje hermético y especializado, sin ninguna concesión al placer estético. En el caso español, este divorcio de la filosofía con la belleza se hace aún más patente al poseer una herencia literaria de enorme calidad, en la que apenas hace acto de presencia la reflexión crítica y la deliberación racional. Este es el punto de arranque de *La escritura elegante. Narrar y pensar a cuento de la filosofía*, un libro dedicado a examinar las relaciones entre filosofía y literatura, que prueba que los límites entre una y otra no están donde convencionalmente se afirma. El filósofo tiene en el ensayo un vehículo de expresión que le permite aunar claridad y rigor, verdad y belleza, sin tener que traspasar los límites que separan su tarea de la creación literaria. Es más, el libro que aquí presentamos no se queda en la mera defensa teórica de esta tesis, sino que él mismo es un excelente ejemplo de filosofía “elegante”: ocupa ese terreno intermedio en el que la filosofía encuentra la belleza en la escritura sin

dejar de ser lo que es, argumentación racional. Un lugar a medio camino entre la elegancia formal y la búsqueda de la verdad.

El autor, Fernando Rodríguez Genovés (Valencia, 1955), ha publicado anteriormente dos libros de gran aliento filosófico: *Razones para la ética. Ensayos de ética autónoma y de humanismo racional* (Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, Colección Novatores, n.º. 2, Valencia, 1996), y *Saber del ámbito. Sobre dominios y esferas en el orbe de la filosofía* (Síntesis, Colección La voz escrita, n.º. 1, Madrid, 2001), éste último galardonado con el Premio de Ensayo Juan Gil-Albert de 1999. Además, es colaborador habitual en revistas especializadas (*Scientia, Revista Intentos Cuadernos de Filosofía y Ciencia, Claves de Razón Práctica, Teorema, Debats, Revista de Estudios Orteguianos*, etc.), así como en el periódico electrónico *Libertad Digital*, tanto en el diario como en *La Revista* de la publicación, y en la revista digital *El Catoblepas*. Es asimismo crítico literario de la revista *ABC de las artes y las letras*, suplemento cultural del diario madrileño *ABC*.

La escritura elegante se articula en siete capítulos, de los cuales los seis primeros se pueden agrupar en tres bloques bien diferenciados, mientras que el último aparece a modo de epílogo. El primero de los bloques temáticos está dedicado a lo que el autor llama la “Leyenda”, esto es, el prejuicio según el cual no hay auténtica actividad filosófica en la práctica del ensayo, y que,

Cómo citar este artículo:

Melero de la Torre, M. C. (2005). La filosofía elegante. Reseña de “La escritura elegante, Narrar y pensar a cuento de la filosofía” de Fernando R. Genovés. *Revista de Estudios Orteguianos*, (10/11), 343-347.
<https://doi.org/10.63487/reo.674>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
 Estudios Orteguianos
 N.º 10/11. 2005
 mayo y noviembre

como consecuencia, no hay verdadera filosofía española, por estar nuestra tradición compuesta de ensayistas. El autor confiesa que la idea de escribir este libro surgió a raíz de una nota a pie de página que José Ortega y Gasset incorporó a su libro *La idea de principio en Leibniz*, donde el filósofo español se lamenta de tener que soportar la descalificación de su pensamiento por estar escrito con “elegancia”. En nuestro ámbito cultural, la línea divisoria entre filosofía y literatura nunca ha acabado de trazarse con claridad, y ello ha sido así, según Rodríguez Genovés, “debido en gran medida a ese tesón en perseverar en la senda de la rima por encima del saber racional” (p. 44). Como prueba de ello, el capítulo segundo nos aproxima a la obra de tres “filósofos poetas españoles eminentes”, de referencia inexcusable para buena parte de las generaciones de filósofos contemporáneos: George Santayana, María Zambrano y José Luis L. Aranguren. En los tres hallamos la misma ambigüedad a la hora de entender la tarea filosófica, el mismo esfuerzo por encontrar un terreno común entre razón y poesía, y, a la postre, un idéntico naufragio de la filosofía en el mar de la poesía y la religiosidad.

El segundo bloque temático afronta directamente la tesis central del libro: el ensayo filosófico. En este punto, el ejemplo de Ortega y Gasset es prácticamente insuperable, y, en nuestra tradición filosófica, casi único. Sólo él ha sabido servirse de imágenes y tropos en sus trabajos filosóficos sin sucumbir a

la suplantación de géneros. Con el correspondiente castigo de incompreensión, incluso por parte de sus propios discípulos: “¡Yo he tenido que aguantar en silencio durante treinta años que los tontainas me acusen de no hacer más que literatura, y lo peor, que mis discípulos mismos, crean debido plantear la cuestión de que si lo que yo hacía era literatura o filosofía y ridiculeces provincianas de este jaez!” (cita de Ortega que podemos encontrar en la p. 73). Pero, si no lo entiendo mal, la intención última de Rodríguez Genovés no es tanto hacer la demarcación definitiva entre filosofía y literatura, como defender una particular concepción de la filosofía, desde la cual el ensayo se descubre como el medio por excelencia para la práctica y expresión de la reflexión crítica. Dicha concepción de la labor filosófica fue ya desarrollada en uno de los capítulos de su anterior libro, titulado “El ensayo y lo sopesado”. Allí nuestro autor defiende la filosofía como “búsqueda, demanda y pesquisa, pensamiento en movimiento”. Los problemas filosóficos no poseen una solución final; tan sólo permiten aproximaciones y tanteos. De ahí la importancia del ensayo como texto filosófico, puesto que la práctica del ensayo nos conduce al “terreno del intento y de la prueba”, al dominio de la indagación intelectual. La filosofía, pues, entendida como actividad y no como sistema, requiere del ensayo para expresar y provocar reflexión. Ortega definió el ensayo como el resultado de una demostración sin la carga de la prueba, de manera que en él se contiene y se intuye siempre una puerta

abierta a la continuación, una labor no terminada que corresponde al lector realizar. El ensayo es pensamiento que hace pensar.

Esta concepción práctica y racional de la filosofía trae consigo, además, un estilo de entender la vida, con sus propios valores, ambiciones y actitudes. Este es el objeto de análisis del tercer y último bloque temático del libro, el cual se compone de dos capítulos, uno dedicado al “valor filosófico”, y otro a la “vocación filosófica”. La filosofía se distingue del arte y la literatura por su actitud y perspectiva específicas al abordar la realidad de las cosas. El literato “puede decir lo que quiera, sin dar más explicaciones”, precisamente porque su función no consiste en justificar el fondo de sus palabras o imágenes. El ensayista, por el contrario, “está comprometido con la verdad de los acontecimientos y con la personal opción –moral y política, no estética– que escoga” (p. 171). Dicho compromiso con el conocimiento no es, empero, el del profesional que “vive de la filosofía”, sino el del aficionado que “vive para la filosofía”. En efecto, el ensayista se aplica más por gusto que por profesión a la tarea de conocer. Una vez más, la presencia de Ortega se hace aquí imprescindible, y nuestro autor lo recupera con sabiduría a la hora de distinguir la auténtica vocación filosófica de la mera ocupación profesional. El ensayista se siente abocado a la interrogación y a la investigación filosófica. Más que poseer conocimiento, se siente poseído por la voluntad de conocer.

Por último, el capítulo que hemos llamado aquí “epílogo” utiliza el famoso

“caso Sokal” para reforzar de manera harto eficaz la idea central del libro, esto es, la necesidad de respetar los límites entre los géneros. Como se recordará, Alan Sokal, profesor de Física en la Universidad de Nueva York, publicó en una prestigiosa revista de reconocida filiación posmoderna, *Social Text*, un artículo en el que parecía dar la razón a los que pretenden “transgredir las fronteras” y eliminar las distancias entre ciencia, filosofía y literatura. Posteriormente, el propio científico desveló que el artículo era en realidad una sarta de disparates y medias verdades, cuya única intención era poner de manifiesto la impostura en la que vive la posmodernidad. Mediante este ejemplo, el libro se cierra con una aplicación muy reveladora de su principal argumento: “El posmodernismo representa un programa donde el relativismo epistémico y cultural, el holismo, el textualismo y el esteticismo se muestran como argucias para rebasar los límites de velocidad sin riesgos y derribar las barreras que impiden la libre circulación de mercancías; sin control de aduanas, pero también sin control de calidad. Los portavoces de este programa son los *filósofos sin fronteras*” (p. 234).

Para terminar esta reseña, desearía añadir un par de observaciones críticas. En primer lugar, acerca de la leyenda de la cultura española. No hay duda de que hay mucho de mito en cualquier caracterización unívoca de una cultura nacional. Decir que la inexistencia de tradición filosófica en nuestra cultura se debe a un determinado “carácter español”, más inclinado hacia la imagi-

nación y la poesía que a la razón y la ciencia, es tan insensato como decir que nuestra falta de tradición musical se debe a una tendencia congénita del español, más propenso a la belleza plástica que a la armonía tonal. Pero lo que es innegable es que nuestra tradición cultural alcanza unas cotas sublimes en literatura y pintura, mientras es bastante mediocre, o brilla por su ausencia, en filosofía y música. Independientemente de las causas, esto es un hecho, no un mito. Ortega es el único filósofo que se estudia en los institutos y las universidades como perteneciente a la Historia de la Filosofía. E incluso a éste se le estudia también en Literatura, en la unidad didáctica dedicada al ensayo. Es más, a tenor de lo que ha sido la tradición de nuestra cultura nacional, hasta los discursos de Castelar o de Azaña se podrían estudiar en Literatura. No hay filosofía española, como no hay política, ciencia o tecnología españolas al margen de la retórica, la poesía y la teología. Para encontrar nuestra última contribución al saber universal habría que remontarse a los traductores de Toledo. Por supuesto que hay excepciones honorables, como Bartolomé de las Casas o Ramón y Cajal. Pero éstas son aves raras en un paisaje desértico para el discurso racional, aunque no para la mística. Por eso los irracionalismos y los vitalismos de principios del siglo XX, e incluso las tendencias deconstructivistas de la posmodernidad finisecular, encontraron y encuentran en nuestro suelo patrio una repercusión inmediata. Y por eso también el positivismo, el utilitarismo, el liberalismo conservan en nuestro país un tufo a extranjerismos provoca-

dores, como tradiciones ajenas e incompatibles con lo que aquí entendemos por auténtico saber y verdadera moral. Y no se trata de ninguna mácula indeleble de nuestra identidad colectiva, sino de nuestro pasado secular, que condiciona, a veces muy gravemente, la situación presente. Y ¿cuál es la situación presente de la filosofía y de la ciencia en nuestro país? En este punto Rodríguez Genovés tiende a hablar en términos de filosofía en Latinoamérica, de filosofía en español, cuando en realidad, si se desea mantener la unidad del argumento, la cuestión debería haberse planteado en términos estrictamente nacionales. ¿Es cierto que hoy en día no hay filosofía en España? ¿Estamos los filósofos españoles aún escindidos entre cátedra y soneto?

En segundo lugar, comparto vivamente la crítica que contiene el libro contra aquellos “filósofos poetas” que ponen la filosofía al servicio de la literatura. Se debe denunciar la confusión de realidad y ficción, esa locura tan seductora para analfabetos en ciencia y filosofía. Toda ficción es un engaño, y mientras el escritor se mueva en el terreno de la literatura no hay nada que objetar en ello. El problema comienza cuando un filósofo, un ensayista, que escribe no para recrear la realidad con su imaginación sino con el propósito de comprender un aspecto de la experiencia, conocer sus causas o defender una tesis, hace uso de la herramienta literaria. Porque, entonces, cabe la posibilidad de que se valga de ella para esconder las deficiencias de su investigación filosófica, o lo que es aún peor, para ocultar la ambigüedad de sus compromi-

sos morales y políticos últimos. Como señala claramente Rodríguez Genovés, la diferencia fundamental entre filosofía y literatura está en la actitud y la perspectiva que adopta el escritor a la hora de afrontar su trabajo. Por tanto, el filósofo puede hacer ensayo con imágenes y recursos literarios, siempre y cuando no pierda de vista el sentido último de su tarea, es decir, siempre que las palabras no inunden los pensamientos y las ideas. Ahora bien, si la filosofía puede usar metáforas y licencias poéticas sin dejar de ser filosofía, ¿por qué no reconocer que la literatura puede entrar en los dominios de la reflexión y el compromiso sin dejar de ser literatura? Ciertamente que hoy en día esto último parece casi imposible, a tenor de los “cuentos para mayores” que llenan las librerías. Pero eso no significa que no haya en la historia de la literatura universal, y en la española en particular, numerosísimos ejemplos de

literatura que, sin pretensiones de ser otra cosa, contienen pensamiento y hacen pensar.

Nuestro autor no niega esta obviedad, por supuesto, pero su afán por deslindar claramente los géneros hace que no reconozca la posibilidad de encontrar filosofía en un poema o en una pieza dramática. Sin embargo, si la filosofía no tiene por qué ser aburrida y estéticamente decepcionante, si un ensayista puede permanecer en suelo filosófico a pesar de buscar una expresión depurada y elegante para sus argumentos, la literatura tampoco tiene por qué ser frívola y meramente entretenida, de manera que un escritor puede alcanzar una interpretación profunda y responsable de la realidad sin salirse del dominio de la ficción. No digo que en el libro se mantenga la tesis contraria, sino simplemente que echo en falta esta reciprocidad en su razonamiento.